

Víctor Bretón y Francisco García, editores

**Estado, etnicidad y movimientos
sociales en América Latina
Ecuador en Crisis**

Icaria, Barcelona, 2003

No es fácil comentar un libro escrito por varios autores y que aborda temáticas diferentes desde disciplinas diversas. No lo es, sobre todo, porque cada artículo y cada temática podrían tratarse de modo independiente y merecerían una reflexión propia. Por eso, en este comentario me limitaré a subrayar los debates que plantean el conjunto de artículos del libro en las tres temáticas que aborda: Estado, etnicidad y movimientos sociales. Si bien el título del libro se refiere a América Latina, casi todas las contribuciones, con excepción de una, se concentran principalmente en la crisis del Ecuador.

Una perspectiva clave de análisis del sistema político ecuatoriano que se plantea en el libro viene de su configuración regional. Se propone entender el sistema político ecuatoriano como un “sistema regionalizado”, que se articula a partir de una búsqueda incesante de equilibrios entre las dos regiones que lo configuran. El mérito de la propuesta consiste en asumirlo como un sistema, es decir, con una lógica y unas reglas de funcionamiento derivadas precisamente de la interacción de

cada una de las regiones con el Estado y entre sí. Subyace una lógica subterránea en el juego de la política ecuatoriana que sólo puede ser descifrada como una relación de conflicto y negociación permanente entre las regiones. La propuesta sugiere varias entradas de análisis para entender cómo se fue configurando históricamente el sistema desde comienzos del siglo XX; cómo ha logrado sostener sus equilibrios en las últimas décadas, y por qué se encuentra actualmente en crisis. El Estado ecuatoriano resultaría una ficción si no se lo entendiera desde las relaciones de tensión, conflicto y negociación entre Costa y Sierra; esto es, entre estructuras sociales con su propia trayectoria histórica, identidad colectiva y grupos de poder obligados a coexistir en el marco de un Estado.

La perspectiva de análisis que se propone del sistema político ofrece una clave para entender la actual crisis del Ecuador como una desarticulación del sistema de equilibrios regionales. El desequilibrio se presenta como una consecuencia del debilitamiento del Estado a lo largo de la década de los años 90. Con la creciente fragilidad del Estado, se ha ido desvaneciendo lo nacional como juego de transacciones constantes entre las regiones. Lo que hoy enfrenta el Ecuador es claramente una crisis de “integración nacional”. Sus signos más evidentes son el déficit de gobernabilidad del espacio nacional, y el desplazamiento de la política hacia lo local. En ausencia de un espacio de mediación, las identidades regionales se han replegado sobre su propio territorio, sin encontrar la posibilidad de proyectarse más allá de sus confines. Aún más, el mismo espacio regional parece descomponerse en pequeños ámbitos locales. Este proceso explicaría la percepción de extrema fragmentación política que se tiene hoy del Ecuador.

La crisis del Estado no puede ser entendida fuera del largo e interminable proceso de ajuste económico vivido por el país en las últimas dos décadas. Lo más impresionante del cambio del modelo desarrollista hacia uno neoliberal es el rotundo fracaso del proceso, en términos de los indicadores del desarrollo económico. Las cifras son desastrosas desde todo punto de vista: pobreza, desempleo,

concentración de la riqueza, caída de la inversión pública, endeudamiento, salud, educación, crecimiento económico, ingresos per cápita. Por donde se mire, abruma e impacta la dimensión del fracaso. En América Latina se habló de la década de los 80 como de la “década perdida”, pero en el caso del Ecuador cabe hablar de los años 90 como una “segunda década perdida”. La pregunta inevitable que surge del libro apunta hacia la capacidad política de la mayoría de la población afectada por el modelo: ¿cómo fue posible que permitiera la consolidación de una política económica que ha provocado un desastre social? La posible respuesta apunta al corazón de la cultura política y de las representaciones dominantes que organizan las relaciones de pobreza y desigualdad en el Ecuador.

Lo que se acaba de señalar resulta, ciertamente, una paradoja en un país que ha visto en la última década la emergencia del movimiento indígena, fenómeno colectivo extraordinario por su significación política, cultural e histórica. Sobre este tema, el libro abre, sin duda, una serie de perspectivas para entenderlo no solo en conexión con el redescubrimiento y despliegue de lo étnico, como ha sido el enfoque desde ciertas tendencias culturalistas de la identidad, sino desde la enorme problemática de la sociedad rural andina. Los artículos que abordan la realidad del campo ofrecen visiones frescas, bien documentadas, de la complejidad de sus problemáticas actuales. Cabe mencionar, entre todas ellas, las siguientes: el fracaso de tres décadas de desarrollo, la imposibilidad de dar sostenibilidad a los proyectos emprendidos, la enorme diversidad social del mundo rural, y la crisis de las comunidades. La sociedad rural tiene hoy un perfil muy distinto al que dejaron los estudios agrarios de los años 80, concentrados la mayoría de ellos en el impacto de la reforma agraria sobre la estructura hacendaria.

Algunas ideas fuertes que lanza el libro al debate son la de no identificar más la problemática de lo rural solo con lo agrario; tampoco creer que todos los campesinos pobres tienen idénticas alternativas para remontar su situación; y olvidarse de las rígidas fronteras entre el campo y la ciudad. El libro critica al-

gunos de los mitos que se han levantado en los últimos tiempos para sacar a los campesinos de la pobreza, como aquel del capital social, tan difundido por el Banco Mundial. Se ha creído que el capital social es una extensión de la organización campesina, pero los estudios muestran las precariedades de esas organizaciones si se las considera desde la familia, la comunidad y las relaciones intercomunales, limitadas y desestructuradas por la imposibilidad de acceder a nuevas tierras. Hoy las familias campesinas cultivan la tierra solo como una más de las múltiples actividades que deben desplegar para sobrevivir.

Igualmente revelador para entender al mundo rural resultan los estudios que lo analizan desde los intereses y las acciones de las ONGs. Estas organizaciones se han multiplicado de manera simultánea al colapso del Estado desarrollista. Las ONGs han puesto especial interés en trabajar donde se ubican los indígenas, seguramente para acceder a recursos, sin atender de modo equilibrado a todas las zonas de pobreza rural. Su característica es la dispersión de enfoques, la disputa de clientelas y la imagen dislocada del desarrollo que proyectan. Pero, sobre todo, salta a la vista de modo claro la conexión entre la multiplicación de las ONGs, el afianzamiento de las políticas neoliberales y la emergencia de lo étnico como estrategia de identidad política entre los grupos indígenas. La gran pregunta que se plantea desde el libro es si el surgimiento de lo étnico puede estar asociado más a la intervención de agentes externos en el mundo indígena, que a procesos internos propios de las comunidades. La hipótesis debería levantar, por sí misma, una gran polvareda.

Lo que sí resulta evidente de los trabajos que abordan este tema, es que la formación de la identidad a partir de lo étnico aparece como un recurso de movilización política justamente cuando entra en crisis el proyecto desarrollista; dicho de otro modo, cuando el discurso campesino, clasista, no encuentra eco e interlocución en el Estado, la construcción de identidad política se desplaza hacia lo étnico; busca en lo étnico un sustituto, un nuevo elemento discursivo para legitimar las demandas frente al Estado. Lo que el Ecuador habría vi-

vido desde los años 80, con la crisis del modelo desarrollista, es el fin de un pacto entre los campesinos y el Estado –aquel que dio paso a las reformas agrarias de los 60 y 70. El nuevo contexto obliga a los pobres rurales a desplegar una nueva estrategia de lucha política.

Siempre me ha resultado poco persuasiva la idea de lo étnico como un mero recurso estratégico de movilización política. Aún cuando la identidad pueda funcionar, efectivamente, como un recurso de movilización, subyace la idea de que en lo étnico los indígenas encuentran la posibilidad de reconstituir sus vidas individuales y colectivas, así como sus relaciones históricas con el Estado y la sociedad nacional. Desde esta perspectiva, lo étnico no sólo es un atajo para salir de la pobreza, sino un mecanismo para descomponer ciertas relaciones de dominación que han sometido a los indios; esto quiere decir que sólo a través de la reconstitución del campo donde se construyen las relaciones étnicas como relaciones de desigualdad e inferioridad racial, es posible salir de la pobreza. Al conectarse el tema de la pobreza con lo étnico aparece la dimensión cultural como un lugar de dominación; la cultura se presenta como un campo donde se legitima la dominación y la pobreza de los indígenas. La identidad étnica puede ser un recurso estratégico para volver a plantear el tema del desarrollo y la pobreza, pero al activarse pone en juego las relaciones de poder en el campo cultural de la nación. Detrás de la reivindicación de lo étnico saltan complejas problemáticas sobre la construcción de la identidad y la comunidad política nacional, con sus líneas de exclusión. Y, sobre todo, salta ese conjunto de representaciones que han condenado lo indio a la marginalidad, a la inferioridad.

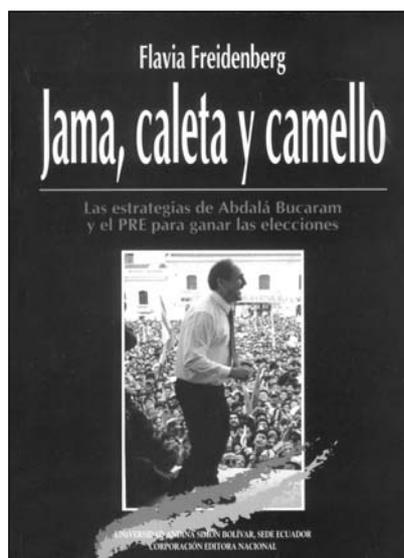
No se puede entender la dinámica de conflicto abierta por el movimiento indígena fuera de ese discurso de la diferencia identitaria, en tanto crítica a una concepción homogenizante de la identidad nacional. También esta perspectiva de análisis se aborda desde algunos artículos del libro. La identidad homogénea se sostuvo mientras pudo dominar la diferencia, inferiorizándola; el ideal de una sociedad homogénea hizo de la diferencia un elemento de subordinación. Tan potente ha

sido el despliegue de la noción de diferencia en las movilizaciones y en el discurso de los indígenas, que las elites no logran explicarse cómo un grupo minoritario tiene tanta fuerza para sacudir el escenario nacional. Las pistas surgen desde algunas exploraciones del libro: ha sido posible porque los indígenas han estado en el centro y en la periferia de la construcción de la identidad nacional; lo indio ha sido ese “exterior constitutivo” de la identidad nacional. No es un problema de minorías y mayorías, sino de la centralidad que ocupa una determinada población en la definición de la identidad nacional.

Por último, quisiera solamente subrayar y alentar nuevas investigaciones y estudios sobre las elites ecuatorianas, tal como se propone en una de las líneas de reflexión del libro. No hemos estudiado a los grupos dominantes en el Ecuador. Los intereses académicos han puesto la mira en los sectores pobres, excluidos. No se trata de una práctica que puede encontrar justificaciones en argumentos políticos. Me atrevo más bien a pensar que va unido a un cierto paternalismo de la cultura política ecuatoriana hacia los pobres y desvalidos, de la cual se han hecho eco los científicos sociales. Sólo estudios más sistemáticos de los grupos dominantes, de las elites económicas, sociales y culturales, de sus estilos de vida, de sus hábitos de consumo y de sus discursos legitimadores, pueden llenar el desconocimiento producido por las mismas ciencias sociales. Y no hablamos del desconocimiento de una faceta más de la sociedad ecuatoriana dentro de un repertorio plural y complejo. Hablamos de la faceta, de la voz, de la identidad de aquellos grupos que tienen la capacidad para producir buena parte de los imaginarios que dominan la conciencia nacional, sus sentidos; hablamos de aquellos sectores que se imponen en las luchas dentro del campo de la representación.

En definitiva, un libro importante, que resume buena parte de la problemática del Ecuador en los años 90, y que lanza algunas entradas sugerentes y desafiantes para entenderla mejor.

Felipe Burbano



Flavia Freidenberg

Jama, caleta y camello

Corporación Editora Nacional, Quito, 2003

Uno de los agujeros negros de la ciencia política latinoamericana se encuentra en el estudio de los que, parafraseando a Lechner, podrían considerarse como los patios interiores de los partidos políticos. La cantidad y calidad de los estudios de sistemas de partidos, de las condiciones de la competencia electoral o de la tensión entre liderazgos personalistas e instituciones, no se encuentra cuando se pretende caminar por ese lado oscuro de la vida de las organizaciones políticas. Por una serie de razones se ha privilegiado el análisis de la competencia y del desempeño público, mientras se ha relegado a un plano muy secundario la investigación de lo que sucede adentro de ellos. Un gran déficit de conocimiento de sus características intrínsecas y por lo tanto de su capacidad organizativa y de sus potencialidades, es el resultado final de este sesgo.

Las carencias son más notorias en países como Ecuador, donde los estudios políticos están fuertemente vinculados a concepciones estructuralistas que dejan poco espacio para las decisiones de los actores, o a las culturalistas que tienden a minimizar la importancia de las instituciones y del juego político en sí

mismo. La vida de los partidos, sus arreglos organizativos, las estructuras internas, sus estrategias de captación de electores y de reclutamiento de militantes, la relación entre dirigentes y seguidores o entre liderazgos individuales y aparato institucional, entre otros, son aspectos que han merecido poca atención desde esas perspectivas.

En *Jama, caleta y camello*, Flavia Freidenberg se enfrenta al reto de abrir el camino que lleve hacia el interior de los partidos, y lo hace a través del estudio de los orígenes, la organización, las estrategias y los imaginarios colectivos del Partido Roldosista Ecuatoriano, PRE. Esa decisión entraña un doble desafío. En primer lugar, el señalado en las líneas anteriores, que consiste en moverse dentro de un tema poco explorado, casi desconocido, con pocos antecedentes y por tanto con escasos apoyos teóricos disponibles. En segundo lugar, el que se relaciona con el caso seleccionado para su estudio, un partido que no solamente desde el resto de organizaciones políticas sino incluso desde buena parte del medio académico ha sido visto como el arquetipo de la negación de la idea de partido. Veamos el libro desde estos dos desafíos, pero previamente es necesario hacer un par de anotaciones sobre la estructura del libro.

Los partidos y el partido

Gráfica y didácticamente, Sartori sostiene que en el estudio de los partidos se puede *ir más allá* de estos, para abarcar el sistema de partidos, o se puede *ir más acá*, para mirar el interior, las unidades y los componentes de cada uno de ellos. La separación de los dos campos es perfectamente posible, aunque difícilmente se podrá contar con una comprensión integral o de conjunto si no existe por lo menos un mínimo apoyo entre ambos. La visión del *más allá* puede ofrecer todos los elementos necesarios para comprender el funcionamiento del sistema e incluso para detectar el papel que desempeña cada una de las partes, pero siempre dejará preguntas no res-

pondidas con respecto a las características internas, a la organización o a las relaciones entre las diversas instancias de la organización. La visión del *más acá* puede responder a esas inquietudes y a muchas otras que surgen cuando se analiza el interior de un partido, pero corre el riesgo de aislarlas del contexto que de una u otra manera ejerce influencia y las condiciona. La visión ideal, aquella que combina ambos niveles, demanda enormes esfuerzos y siempre está obligada a lograr el balance preciso entre ellos. Para conseguir ese equilibrio, Flavia Freidenberg desarrolla un análisis global del sistema de partidos del Ecuador -que es además el resultado de su ya larga trayectoria en el tratamiento de este tema-, y un estudio pormenorizado del PRE como su caso de estudio, que sin duda constituye el mayor aporte de la obra.

Aunque inicialmente el lector encuentra lo que parece que será un tratamiento separado de cada uno de los niveles -en la medida en que, junto a los aspectos conceptuales, la primera parte desarrolla los elementos propios de la visión general-, de inmediato entra en una dinámica explicativa y analítica que combina a ambos. Desde las páginas finales de la primera parte, el libro ofrece un permanente ir y venir desde el sistema de partidos -o más bien desde los elementos constitutivos del sistema político- hasta el caso concreto de estudio. La riqueza que proporciona esta forma de exposición contribuye a eliminar los riesgos señalados antes y ofrece una visión dinámica tanto del entorno como del partido. Además, en términos formales -que tan importantes resultan para una obra de amplia divulgación- la estrategia explicativa tiene la virtud de romper con el esquema no siempre fácil y más bien generalmente pesado de la tesis doctoral. Aunque sigue ahí presente el marco conceptual y la reseña del debate en torno a los temas tratados, que interesan básicamente a investigadores y a especialistas, no tiene el peso ni la densidad suficientes para ahuyentar al lector medio.

En este ir y venir, cuando ya han sido descritas y analizadas las particularidades del rol-

dosismo, esto es, aquellas características que le diferencian del resto de partidos ecuatorianos, el texto vuelve sobre los aspectos del entorno. Las dos últimas secciones de la segunda parte se ocupan de las variables institucionales, especialmente del sistema electoral ecuatoriano y de su funcionamiento a través de los procesos electorales. Flavia Freidenberg muestra en este nivel su amplio y profundo conocimiento del ordenamiento institucional ecuatoriano, recogido en sus trabajos anteriores y sintetizado con precisión en éste.

En un desplazamiento conceptual y de perspectiva, el trabajo aborda uno de los componentes de la cultura política o, más bien, de las culturas políticas. Las diferencias regionales, que inevitablemente deben ser consideradas en cualquier estudio político ecuatoriano, ocupan el lugar central en este sentido. Como una vía para evitar la especulación que caracteriza a los acercamientos que se han hecho sobre el tema de la cultura política en el país, la autora se concentra exclusivamente en la manera en que la opinión pública percibe a los partidos políticos y de manera especial al PRE. La relación entre esas percepciones y las estrategias del roldosismo constituyen uno de los elementos explicativos de los vínculos entre los dos niveles señalados antes, esto es, entre el sistema de partidos y el partido como tal.

De ahí en adelante, el libro se concentra en el análisis de las condiciones internas del PRE, en las estrategias organizativas, el reclutamiento de militantes, la selección de candidatos, la organización de las campañas y el contenido de los mensajes. Son los temas que ocupan la tercer parte, que sin duda constituye su mayor aporte no sólo por todo lo que significa adentrarse en un terreno desconocido, sino también por la profundidad con que lo hace y sobre todo por la enorme capacidad de mantener un diálogo permanente entre los conceptos y la teoría, por un lado, y la realidad concreta de su objeto de estudio, por otro lado.

El desafío de lo inexplorado

La escasez de estudios acerca del *más acá* de los partidos en América Latina, y de manera especial en Ecuador, otorga al trabajo de Flavia Freidenberg la condición de exploratorio en el mejor sentido de la palabra. Una breve revisión de la bibliografía citada es suficiente para comprender que buena parte del estudio debió apoyarse en trabajos teóricos y conceptuales construidos en función de otros temas de estudio y de otras preocupaciones intelectuales. Por consiguiente, el desafío en este nivel consistía no solamente en explorar lo desconocido, sino también en disponer de los instrumentos adecuados para hacerlo. Se trataba de hacer un viaje nocturno por un camino apenas dibujado, pero a la vez de construir la linterna y finalmente de dejar dibujado el mapa para posteriores intentos.

El concepto básico para hacerlo es el de estrategia organizativa. Siguiendo la línea de la vertiente racionalista-institucional del análisis de los partidos, la autora asume como eje explicativo la relación entre metas y medios para conseguirlos. Las metas son conseguir cuotas de poder para sus dirigentes, lo que en un régimen representativo significa ganar elecciones. Los medios, plasmados en las estrategias organizativas diseñadas para esos fines, constituyen propiamente el objeto de estudio, que a su vez es abordado desde múltiples perspectivas. Pero, precisamente esa visión múltiple (panóptica se podría decir si la palabra no hubiera sido asociada con las acciones de “vigilar y castigar”) demuestra cierta insuficiencia del concepto. El desarrollo del análisis, especialmente cuando se mueve con habilidad y perspicacia dentro de la compleja vida interna del partido, pone en evidencia que existen muchos aspectos que rebasan largamente el marco racionalista de las estrategias organizativas. En varias partes del libro se encuentran ricas descripciones de los lazos internos, de las formas en que se establecen los vínculos verticales entre militantes y dirigentes, horizontales entre militantes y del mismo tipo entre dirigentes. La importancia de esas

relaciones lleva a pensar que si bien es cierto que ellas se derivan de las estrategias organizacionales, su explicación no se agota en ese concepto. La creación de identidades es un elemento de importancia en la práctica concreta del partido (el PRE o cualquier otro), como lo demuestra Flavia Freidenberg especialmente a lo largo de la tercera parte, pero que no ha tenido la contraparte necesaria del desarrollo teórico.

Por tanto, se trata de un tema poco explorado no solamente en Ecuador y en los países latinoamericanos, sino en general dentro de la ciencia política. La disponibilidad de conceptos y de armazones teóricas al respecto es insuficiente. Es verdad que existen aportes dentro de la vertiente de estudios de la acción colectiva (desde Olson en adelante) a los que se puede echar mano, pero tampoco con ellos se puede ofrecer una visión acabada de la vida interna de los partidos, de sus relaciones y sus conflictos. Es probable que el camino pase por el borde de varias disciplinas a las que se deba pedir ayuda desde la ciencia política, como lo hace Flavia Freidenberg a lo largo de su trabajo. Ciertamente, al hacerlo se lo debe plantear con toda claridad, de manera que el lector pueda comprender que se lo está llevando hacia otra dimensión explicativa, ni mejor ni peor, simplemente diferente y que proviene de otras premisas teóricas y que puede tener otros recursos de comprobación. Quizás esto no está suficientemente explicado o más bien explicitado en el libro, especialmente en la enunciación de sus bases teóricas y conceptuales, pero es obvio que aparece con toda su riqueza en el análisis del caso concreto. Pero ese es justamente uno de los riesgos a los que se enfrenta cualquier trabajo que pretende abrir un camino, y mucho más si esto ocurre en las condiciones señaladas.

El partido que no es

El Partido Roldosista Ecuatoriano ha sido considerado como la negación del partido como tal o, para decirlo con cierta ampulosi-

dad, de la *forma partido* de la organización política. La distinción entre partidos ideológicos y maquinarias electorales o, en el mejor de los casos, partidos populistas (o cualquier otro calificativo siempre con alta carga peyorativa), se implantó tempranamente en el medio político ecuatoriano. Subyace a esta percepción un tipo ideal de organización conformada en torno a una declaración de principios, generalmente ligada a las grandes corrientes políticas mundiales. Se trata, en consecuencia, de una definición realizada a partir del tipo de sociedad propuesto por la agrupación política, no de ésta como tal.

Inevitablemente, en ese molde no cabía el PRE, como no había cabido su directo antecesor, Concentración de Fuerzas Populares, CFP. Incluso la legislación electoral y el régimen de partidos habían sido diseñados en función de aquella concepción y en gran medida como una forma de evitar que se filtraran expresiones de naturaleza diferente. Sin embargo, ni los intentos de *racionalizar* (en los más clásicos términos de civilización o barbarie) la política ni la legislación construida para eso han podido evitar la larga e importante presencia política de ese grupo de personas cuyo nombre propio, *roldosista*, constituye la negación de aquella orientación. Su autodenominación expresa la adscripción a una persona que en términos estrictos no fundó un *ismo* ni construyó alguna interpretación específica de la realidad ecuatoriana. Con ello se sitúa en la antípoda de la ansiada definición ideológica que llevaría a la racionalización de la política.

Por ello y por mucho más, es claramente un desafío para el análisis, especialmente cuando se lo hace desde la perspectiva racional-institucional. Flavia Freidenberg resuelve el problema por la vía más apropiada cuando busca en el PRE la racionalidad de las estrategias organizativas o, si se quiere, los arreglos internos que son necesarios para alcanzar cuotas de poder y cargos para sus dirigentes, como corresponde a cualquier partido político. Esta perspectiva le permite romper con la visión dominante en Ecuador del PRE como un no-partido o un anti-partido. Al contra-

rio, la lectura del libro demuestra que se trata de un partido en el sentido estricto de la palabra, y no solamente de acuerdo a la definición mínima originada en Sartori (a la que inicialmente se adscribe la autora, pero que acertadamente la abandona de inmediato), que sostiene que esa denominación es válida para cualquier agrupación que presente candidatos y participe en elecciones.

El libro constituye, en este sentido, una renovación del pensamiento político ecuatoriano y un llamado de atención a mirar el contenido más que el continente. La navegación sumergida que realiza por las estructuras organizativas del PRE, por las opiniones de sus militantes y de sus dirigentes, por sus documentos constitutivos y declaraciones de principios, por el desempeño de sus dirigentes en diversas funciones de elección popular, en fin, por su vida interior y sus manifestaciones exteriores, ponen en cuestión muchos de los lugares comunes del pensamiento político ecuatoriano. Capítulo aparte merecería la opinión de su fundador y líder indiscutido, Abdalá Bucaram, recogida sobre todo a través de una entrevista directamente realizada por la autora, y que expresa en sí misma la visión de lo que es, lo que quiere ser y lo que jamás podría ser el PRE.

Siendo un aporte para la ciencia política ecuatoriana, es de esperar que lo sea también para el público más amplio al cual está dirigido. Es probable que su lectura resulte fatigosa para quien no está acostumbrado a la obra académica, inevitablemente poblada de citas a pie de página y de referencias a infinidad de autores y obras. Aunque es norma generalizada que uno de los atributos de cualquier tesis doctoral debe ser su fácil transformación en libro de amplia divulgación, es extremadamente difícil lograrlo. Hay que esperar que una segunda edición -que seguramente la habrá y pronto- se logren avances en lo formal para que sea mucho más amplio el número de personas que se beneficien de un trabajo serio y riguroso como el comentado.

Simón Pachano

Notre Dame, diciembre de 2003